

# El Gran Jabalí

Zape

Aquel sábado amaneció soleado y había que aprovecharlo. Después de desayunar, Ane y Markel, dijeron adiós a su madre y salieron corriendo de casa. Atravesaron a toda prisa el pequeño jardín, donde su padre se afanaba en arreglar los rosales. Cuando les vio salir tan acelerados, se levantó y les cortó el paso.

- Eeh, ¿se puede saber dónde vais tan alborotados? – preguntó con los brazos en jarra.
- Vamos a coger moras al camino del monte – respondieron los dos a la vez.

En la cara del padre se dibujó un gesto serio. -Está bien – les dijo – pero prometedme una cosa. No se os ocurra salir del camino y entrar en el bosque, ya sabéis lo peligroso que es- dijo frunciendo el ceño.

- Prometido – contestaron al unísono, y continuaron su camino atropelladamente dejando atrás a su padre murmurando preocupado.

¡Claro que no entrarían! Estaban hartos de oír las terribles historias del monstruo que habitaba en lo más profundo de aquel bosque. El Gran Jabalí le llamaban. Decían que se alimentaba de todo lo que pillaba. También de los niños que se perdían en él. Eran su plato favorito. El bosque era enorme y resultaba muy difícil encontrar la salida. Y cuanto más se entraba, mayor era la oscuridad. Se contaba que el Gran Jabalí rondaba esperando que algún infeliz se extraviara y ¡zas! Lo atrapaba y se lo llevaba a su guarida. Y nunca más, nadie, volvía a saber nada.

Ane y Markel llegaron al camino y comenzaron a recoger las deliciosas moras que llenaban las zarzas del camino ¡Qué ricas estaban! Pero mucha mejor pinta tenían las que se veían crecer unos pocos pasos más atrás. Hmmm, excelentes y, además, más grandes que las de la orilla del camino. Claro que, para moras grandes, pero grandes de verdad, las que había todavía un poco más adentro. Vaya pedazo de moras.

- Pero...pero...Markel, éstas ya están dentro del bosque. Recuerda lo que nos ha dicho papá. – dijo Ane con vocecita temerosa.
- Bah, no pasa nada, si estamos a unos pocos pasos del camino. Esto todavía casi ni es bosque ¿No ves que se sigue escuchando a la gente que pasa?

Ane y Markel siguieron entrando en busca de las mejores moras. Y cuanto más se internaban en el bosque, más ricas y grandes las cogían. Y, aunque no se daban cuenta, más oscuro estaba. Ya no se oían las voces de la gente que paseaba por el camino. Ya no se oía absolutamente nada. De repente, Ane se dio cuenta de que tampoco oía los pasos de su hermano Markel.

- Markel, no te veo. Markel ¿dónde estás? – preguntó asustada Ane.

Nadie contestó. Ane siguió llamando a su hermanito, pero, como ni le respondía ni le veía, se echó a llorar. Ni siquiera sabía cómo salir del bosque y llegar al camino, para volver a casa y avisar a sus padres. Una ardilla que estaba en un árbol bajó al escuchar los llores de Ane,

- Niña, niña ¿qué te pasa, te puedo ayudar? – preguntó la ardilla.
- He perdido a mi hermano Markel, no le veo y tampoco sé cómo salir – sollozaba Ane.

Un corzo que escuchó la conversación, acudió junto a ellos. Y también un zorro. Cuando oyeron lo que había pasado, los animales se miraron, torcieron sus hocicos y gritaron a la vez:

- ¡¡Ha sido el Gran Jabalí!! ¿¡Otra vez, otra vez se ha llevado a un niño!?

Al escuchar aquellas palabras, Ane recordó lo que su padre les había dicho de no salirse del camino y del Gran Jabalí. Su llanto se hizo más intenso y resonó por todo el bosque hasta despertar a búhos y lechuzas. La ardilla habló de nuevo y le dijo:

- Mira, pequeña, nosotros conocemos muy bien el bosque, y sabemos dónde vive el Gran Jabalí, aunque nunca vamos por allí porque es una zona muy alejada y hay muchísimo ruido. Te llevaremos hasta allí y luego tú... -dijeron levantando los hombros.

A la pequeña Ane no le gustó mucho la idea de tener que vérselas ella sola con el Gran Jabalí. Pero tampoco iba a dejar allí, solo, a su hermanito Markel, así que aceptó la ayuda que le ofrecían y siguió a los animalillos hasta el escondite del terrible monstruo. Según se acercaban, escucharon unos aterradores golpes. Bom-brrrbom-bombombom. Llegaron a pocos metros de la cabaña en la que habitaba el Gran Jabalí. Los animalitos, con miedo, dijeron que ya no se acercaban más. Ane, muy valiente, siguió hacia delante. Bom-brrrbom, el ruido era ensordecedor y hacía temblar el cristal de la única ventana que se veía. Ane se incorporó sobre los deditos de los pies agarrada con sus pequeñas manitas a la repisa de la ventana, y así alcanzó a ver el interior. Estaba muy oscuro y con dificultad logró adivinar unas sombras inmóviles. Se acercó hasta la puerta decidida. Estaba entreabierta y salía un olor asqueroso. La empujó un poco con la punta de los dedos, lo suficiente para echar un vistazo al interior. Apenas podía distinguir la parte trasera del respaldo de dos enormes sillones. Eran tan grandes que le resultaba imposible ver si estaban ocupados. Lo que sí podía escuchar eran unos terribles ruidos y el resplandor que salía por debajo de otra portezuela. De repente, todo el ruido paró. Uno de los sillones giró y de él se levantó una sombra gigantesca que avanzó hasta la puerta.

- ¿Quién anda ahí? – bramó la sombra.

Ane se quedó paralizada. La puerta se abrió del todo y ante ella apareció la figura de aquel monstruo. Ya no había manera de escapar.

- ¿Cómo has llegado hasta aquí? - rugió el Gran Jabalí
- ¿Qué le has hecho a mi hermano, apuestoso monstruo? – gritó Ane casi llorando.
- Esas formas jovencita, que yo no te he insultado. – dijo más calmado el peludo bicho.

Ane continuó mirando hacia el interior de la casa en busca de Markel. De repente, el otro sillón giró lentamente. Estaba tan oscuro que la asustada Ane no podía distinguir quién lo ocupaba. Una pequeña sombra se levantó y se acercó hasta ella.

- Hola, Ane. – saludó feliz Markel - Te presento al Gran Jabalí. Gran Jabalí, esta es mi hermana Ane – dijo con una sonrisilla traviesa.
- Pero, pero ¿entonces no te ha comido? – preguntó Ane confundida.
- Niña, ya sé lo que se cuenta de mí, pero...poco de cierto hay en todo eso- dijo riendo.
- Pero entonces ¿esas luces y esos sonidos tan terroríficos? – balbuceó Ane.

Markel se adelantó a contestar- ¡No te lo vas a creer! El Gran Jabalí es en realidad... ¡Olentzero! - contestó feliz por su descubrimiento. -Las historias que se cuentan -prosiguió- no son ciertas, lo he visto con mis propios ojos. Justo ahí- dijo señalando la puerta por la que se colaba la luz y de la que hasta hacía un momento salía el ensordecedor ruido - Olentzero prepara todos los regalos de Navidad. Y, claro, con esa barba, la cara manchada de carbón y la gruesa ropa de abrigo, no me extraña que le confundan con un enorme jabalí- dijo. Y todos rieron a carcajadas durante un buen rato.

Allí pasaron las horas, riendo, jugando y prometiendo no revelar el secreto a nadie. La tarde ya empezaba a caer y la luz a faltar, así que se despidieron de Olentzero, que les acompañó hasta la senda que les llevaría hasta su casa.

- Volved cuando queráis – gritó Olentzero. ¡Y sed buenos o tendré que llevaros carbón!- dijo señalando un enorme montón de sacos llenos.
- Claro. Pero prométeme que te ducharás. Malo no eres, pero tienes la cara sucia y hueles fatal – rio Markel